

Editorial

DE UN TIEMPO, DE UN PAIS

*«D'un temps, d'un país.
D'un temps que sea el nostro...»
(Raimon)*

Hubo un tiempo..., allá por los primeros sesenta, en plena «longa noite de pedra», en el cual una generación de universitarios de izquierdas ensayaba, de la mano de un universo prohibido, «Los caminos de la libertad»; entre «El diablo y el buen dios», Tristán Tzara y el marxismo, «El Canto General», «La Tercera Residencia» y ese hispánico payaso de las bofetadas de zamorana cuna, por citar algunos hitos iniciáticos...; ensayaba en las calles, en sótanos policíacos, en tertulias y camas prestadas, clandestinos y soñadores, épicamente transgresores, las formas de una vida diferente, en busca del cambio político y social. Hoy, con algún jirón en el vestido, con pequeños o grandes zurzidos en una vestimenta no del todo envejecida, cicatrices de pérdidas y heridas, en torno a los cuarenta, parte de esa generación, manchada de anilina y de Machado, pecés y felipes, fudeístas, ha asumido la responsabilidad del Estado. No es el sueño de un mundo al revés, «con una bruja hermosa y un pirata honrado», ni esos ministros imaginados por Agustín García Calvo en las páginas de «El País»; es el salto brutal y ditirámico de la ilusión a la realidad, de la contestación al posibilismo del gobierno de la nación. El 28-O, un júbilo lúdico rompía la noche pública, alborozado fervor de un pueblo harto de pistolas y corruptelas. El triunfo de la izquierda, el triunfo socialista, abría las puertas de un futuro diferente en la malhadada historia de este país. Quienes nos ocupamos del sujeto, sabemos de pérdidas, angustias, investimentos. Oficiantes de la salud, de enfermedades e incapacidades evitables, de muertes inútiles. El hombre muere y no es feliz, decía Camus. «Crece la desdicha hermanos

hombres, el dolor nos agarra, nos desclaba en los lechos, pues de resultas del dolor hay quienes sin haber nacido mueren y otros que no nacen ni mueren (son los más)», con palabras del cholo peruano. Pero volvamos, después de la fiesta ¿parcial, limitada?, con el alba preñada de acechanzas borrando la resaca, al cotidiano quehacer, a este presente que se quiere nuevo. El encuadre político actual nos permite esperar que la cosa pública y, por tanto, la sanidad y, por consiguiente, la salud mental, salgan de su prevaricada indigencia. Destapa potencialidades que suponemos no serán obturadas por los camaleónicos caballos de Troya de todas las reformas, aquéllos que cambian algo (su identidad política) para que nada cambie. Pero de ésto y de los Rivera, las multinacionales del dolor de los poderosos intereses económicos y gremialistas determinantes de la Empresa Salud, de su beligerancia, hemos escrito en anteriores editoriales. No es ésta, hoy, nuestra intención: ajenos a toda utopía, en la creencia de la posibilidad de un cambio sustancial de la asistencia en Salud mental, queremos expresar nuestro apoyo, que no callada servidumbre, a unos hombres y a un programa de transformación sanitaria, en «un temps que ya és un poc nostre». Ahora, como antaño, es nuestra apuesta. Tampoco puede ser otra.

Manuel DESVIAT